

CINCO SEMANAS EN GLOBO

JULIO VERNE

CINCO SEMANAS EN GLOBO

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de cubierta
de Vanesa Andrés



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Five Weeks in a Balloon*

Traducción de Sáenz de Jubera

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: febrero de 2026

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2026

© de la ilustración: Vanesa Andrés, 2026

© de la presente edición: Edhasa, 2026

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5583-3

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B. 1394-2026

Impreso en España

CUANDO EL CIELO AÚN ERA INOCENTE

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Hay cielos inolvidables, que no son el azul dócil de las fotografías, las estampas y los cuadros, sino paisajes inciertos donde se decide la suerte de los seres humanos. Conocí algunos de ellos en mi juventud: un cielo lívido sembrado de paracaidistas turcos en un amanecer de julio de 1974, sobre la ciudad chipriota de Nicosia. Ocho años después, en el cielo del Atlántico Sur, vi volar a pilotos argentinos que despegaban resignados en misiones sin regreso. Recuerdo cielos africanos a los que ascendían, enroscadas como serpientes rojas y negras, gruesas llamaradas de napalm; y sueño todavía, a veces, con el cielo nocturno de Beirut surcado por las luces de las balas trazadoras y los destellos de artillería que dibujaban en la noche la geometría del caos. También recuerdo, sobre mi cabeza, el cielo de verano del estrecho de Gibraltar a bordo de un helicóptero de Vigilancia Aduanera siguiendo casi a ras del agua la estela fugitiva de una lancha de narcotraficantes.

En todos esos lugares, y en algunos más, aprendí que el cielo puede ser hermoso, incluso protector, guía y fuente de vida, pero también un dispensador de muerte y des-

trucción, una amenaza, un escenario de incertidumbres donde la vida pende de un hilo de viento, una nube demasiado alta o demasiado baja, una posición del sol, un cálculo mal hecho o la simple mala suerte. Y que con frecuencia el cielo —conviene recordarlo antes de adentrarse en la magnífica novela que el lector tiene ahora en sus manos— puede ser el lugar donde empieza o se fragua el peligro. Por eso, cada vez que vuelvo a *Cinco semanas en globo*, releo a Julio Verne con un respeto distinto al de mi primera juventud, cuando me enfrentaba con asombro de lector precoz a sus grandes obras: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *De la Tierra a la Luna*... Porque el primer cielo por el que me condujo Verne era todavía un paisaje inocente surcado por hombres admirables; un cielo inaugural, todavía limpio, donde el hombre subía no para destruir, sino para comprender mejor el mundo. Para adueñarse con nobleza de él.

Por eso ha sido un acto de felicidad regresar hoy, de nuevo, a una novela que leí por primera vez a la edad de diez años. Un relato que es preciso leer como se leen los mapas antiguos: con una mano en el papel, pasando páginas; y la otra en el borde mismo de la aventura, sujetando un sable, una pistola, un rifle, una aguja imantada, una cantimplora con la última gota de agua, la llave del gas que hace ascender la barquilla de un artefacto imaginario... Basta abrir *Cinco semanas en globo* —primera entrega de los *Viajes extraordinarios*, publicada cuando Europa aún se esmeraba en cartografiar hasta el último palmo de la Tierra— para encontrarse de nuevo ante el viejo romance entre la ciencia, el mundo hostil y el coraje humano.

Julio Verne, que nunca fue exactamente un viajero, pero sí un navegante de la imaginación, más tenaz que cualquier marino o explorador de su época, concibió el aerostato *Victoria* como quien inventa un milagro doméstico: un globo que sube o baja sin perder gas, cargado de provisiones, ingenio y certezas técnicas; un artefacto que, en manos de Samuel Fergusson, Dick Kennedy y el fiel mayordomo Joe Wilson, no es sólo vehículo, sino brújula moral y aventura en sí mismo. Un prodigio que, al mismo tiempo que transporta a sus tripulantes, los transforma y mejora. Es la expresión más pura del imbatible optimismo técnico del siglo XIX. La idea de que basta volar un poco más alto, cada vez más, para entender mejor la Tierra y a sus moradores. Para comprender mejor las magníficas sorpresas que, como los mundos inexplorados, alberga el corazón humano.

La novela arranca en Londres, entre nieblas y teorías. Fergusson, tan rigurosamente inglés como sólo los exploradores de ficción pueden serlo, anuncia un viaje imposible: atravesar África de este a oeste, desde Zanzíbar hasta Senegal, surcando desiertos, sabanas y selvas en un globo aerostático. Kennedy, más práctico, duda como dudan siempre los hombres sensatos antes de embarcarse en una locura de apariencia razonable. Joe, por su parte, sonríe con comprensiva lealtad, pues sabe que el destino pertenece a los insolentes, a los audaces y a quienes, atreviéndose a seguirlos, los secundan. Y allá van los tres: elevándose sobre volcanes, sobre caravanas, sobre tierras de las que Europa apenas había aprendido a pronunciar los nombres, pero ya se disponía a estropearlas. En aquel momento singular, todavía honesto, intermedio entre la ingenuidad inicial y la

perversión colonial posterior, cuando la palabra aventura aún sonaba honrada y parecía posible.

El desafío aerostático es puro Verne, un disfrute absoluto para el lector. La travesía está llena de tormentas que desgarran la lona, animales que acechan desde el cielo o la arena, tribus que miran al artefacto suspendido en el aire como un mal presagio o una promesa. En esta novela inolvidable, el autor mezcla con extrema sabiduría narrativa ciencia y exotismo, precisión técnica y fantasía juvenil, con una elegancia de escritor minucioso e imaginador irrefrenable. Incluso cuando la muerte ronda —como en el episodio, mi favorito, en que Joe salta del globo para salvar a sus compañeros—, el tono se mantiene ligero, casi confiado, como si encarar estoicamente el azar fuese una forma de cortesía hacia la vida misma. Al final, el *Victoria* cae, como caen todos los mitos después de cumplir lealmente su deber. Los viajeros sobreviven, maltrechos pero orgullosos, y regresan al mundo real con la certeza de haber inaugurado una nueva forma de mirar el cielo, la geografía y sus propias vidas.

El éxito de esta novela, al publicarse, fue inmediato, abrumador y lógico, porque el lector de 1863 descubrió y confirmó en Julio Verne algo que tal vez no había encontrado antes: la certeza de que la imaginación era ser un medio de transporte tan fiable como cualquier moderna máquina de vapor. *Cinco semanas en globo* es, todavía hoy, el acta fundacional de una manera de narrar el universo: con curiosidad técnica, entusiasmo sincero y una fe conmovedora, plenamente juvenil, en que la ciencia no era sólo un manual de hallazgos y soluciones, sino también una nobilísima excusa para la aventura. Por eso la segui-

mos leyendo, no con la misma inocencia, pero sí con el mismo interés que hace ciento sesenta y dos años. Porque el *Victoria*, suspendido sobre un África misteriosa, romántica y desmesurada, sigue recordándonos que hubo un tiempo en que volar era una hipótesis audaz, y que los más asombrosos viajes —los de Julio Verne y los nuestros— empiezan siempre igual, tanto antes como ahora: levantando los ojos para mirar el cielo y las tierras que cubre, mientras con ese acto intuimos, descubrimos o confirmamos que el mundo puede ser tan grande como nuestra maravillosa capacidad de imaginar y soñar.

I

El final de un discurso muy aplaudido. — Presentación del doctor Samuel Fergusson. — «Excelsior». — Retrato de cuerpo entero del doctor. — Un fatalista convencido. — Comida en el Traveller's Club. — Numerosos brindis de circunstancias

El día 14 de enero de 1862, un numeroso auditorio había asistido a la sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres, plaza de Waterloo, número 3. El presidente, sir Francis M., comunicaba a sus ilustres colegas un hecho importante en un discurso frecuentemente interrumpido por los aplausos.

Aquella notable muestra de elocuencia finalizaba con unas cuantas frases rimbombantes en las que el patriotismo manaba a borbotones:

—Inglaterra ha marchado siempre a la cabeza de las naciones (ya se sabe que las naciones marchan universalmente a la cabeza las unas de las otras) por la intrepidez con que sus viajeros acometen descubrimientos geográficos. —Numerosas muestras de aprobación—. El doctor Samuel Fergusson, uno de sus gloriosos hijos, no faltará a su ori-

gen. —Por doquier: «¡No! ¡No!»—. Su tentativa, si la corona el éxito —gritos de: «¡La coronará!»—, enlazará, completándolas, las nociones dispersas de la cartografía africana —vehemente aprobación—, y si fracasa —gritos de: «¡Imposible! ¡Imposible!»—, quedará consignada en la historia como una de las más atrevidas obras del talento humano.

Entusiasmo frenético.

—¡Bravo! ¡Bravo! —aclamó la asamblea, electrizada por tan conmovedoras palabras.

—¡Bravo por el intrépido Fergusson! —exclamó uno de los oyentes más expansivos.

Resonaron entusiastas gritos. El nombre de Fergusson salió de todas las bocas, y fundados motivos tenemos para creer que ganó mucho pasando por gazzates ingleses. El salón de sesiones se estremeció.

Allí se hallaban, sin embargo, un sinfín de intrépidos viajeros, envejecidos y fatigados, a los que su inquieto temperamento había llevado a recorrer las cinco partes del mundo. Todos ellos, en mayor o menor medida, habían escapado física o moralmente a los naufragios, los incendios, los tomahawks de los indios, los rompecabezas de los salvajes, los horrores del suplicio o los estómagos de la Polinesia. Pero nada pudo contener los latidos de sus corazones durante el discurso de sir Francis M.; la Real Sociedad Geográfica de Londres, sin duda, no recuerda otro triunfo oratorio tan completo.

Sin embargo, en Inglaterra el entusiasmo no se reduce a vanas palabras. Acuña moneda con aún más rapidez que los volantes de la Royal Mint. Antes de levantarse la sesión, se abrió una suscripción a favor del doctor Fergusson que alcanzó la suma de dos mil quinientas libras. La importan-

cia de tal cantidad era proporcional a la importancia de la empresa.

Uno de los miembros de la sociedad interpeló al presidente para saber si presentarían al doctor Fergusson oficialmente.

—El doctor está a disposición de la asamblea —respondió sir Francis M.

—¡Que entre! ¡Que entre! —gritaron todos—. Bueno es que veamos con nuestros propios ojos a un hombre de tan extraordinaria audacia.

—Acaso tan increíble proposición —dijo un viejo comodoro apoplético— no tenga más objeto que embaucarnos.

—¿Y si el doctor Fergusson no existiera? —preguntó una voz maliciosa.

—Tendríamos que inventarlo —respondió un miembro bromista de aquella tan seria sociedad.

—Hagan pasar al doctor Fergusson —dijo sencillamente sir Francis M.

Y el doctor entró entre estrepitosos aplausos, sin conmoveirse lo más mínimo.

Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura y constitución normales; el oscuro color de su semblante era una muestra de un temperamento sanguíneo; su expresión era fría, y en sus facciones, que nada tenían de particular, sobresalía una nariz bastante voluminosa, como un bauprés, algo que caracterizaba al hombre destinado a los descubrimientos; sus ojos, de mirada muy apacible y más inteligentes que audaces, dotaban de gran encanto a su fisonomía; sus brazos eran largos y sus pies se apoyaban en el suelo con el aplomo propio de los grandes caminantes.

Toda la persona del doctor desprendía una gravedad tranquila, que no permitía ni remotamente acariciar la idea de que pudiese ser instrumento de la más insignificante farsa.

Así es que los vivas y los aplausos no cesaron hasta que, con un ademán amable, el doctor Fergusson pidió un poco de silencio. A continuación, se acercó al sillón dispuesto expresamente para él y desde allí, en pie, dirigiendo a los presentes una mirada enérgica, levantó hacia el cielo el índice de la mano derecha, abrió la boca y pronunció esta sola palabra:

—¡*Excelsior!*

¡No! ¡Ni una interpelación inesperada de los señores Drigh y Cobden ni una demanda de fondos extraordinarios por parte de lord Palmerston para fortificar los peñascos de Inglaterra habían obtenido un éxito tan grande! El discurso de sir Francis M. había quedado atrás, muy atrás. El doctor era sublime, grande, sobrio y circunspecto; había pronunciado la palabra adecuada a la situación: «¡*Excelsior!*».

El viejo comodoro, completamente entregado a aquel hombre extraordinario, reclamó la inserción «íntegra» del discurso de Samuel Fergusson en los *Proceedings of the Royal Geographical Society* de Londres.

Pero ¿quién era aquel doctor y cuál era la empresa que iba a acometer?

El padre del joven Fergusson, denodado capitán de la Marina inglesa, había asociado a su hijo, desde su más tierna edad, a los peligros y aventuras de su profesión. Aquel niño tan digno, que no parecía haber conocido jamás el miedo, anunció muy pronto un talento despejado, una inteligencia de investigador, una afición notable a los trabajos científicos;

mostraba, además, una habilidad poco común para salir de cualquier atolladero; nunca se apuró por nada de este mundo, ni siquiera cuando comió con tenedor por primera vez, cosa en la que los niños no suelen sobresalir.

Su imaginación se inflamó muy pronto con la lectura de empresas audaces y exploraciones marítimas. Siguió con pasión los descubrimientos que señalaron la primera parte del siglo XIX y soñó con la gloria de los Mungo-Park, de los Bruce, de los Caillié, de los Levillant, e incluso un poco, según creo, con la de Selrik, el Robinson Crusoe, que no le parecía inferior. ¡Cuántas horas bien ocupadas pasó con él en la isla de Juan Fernández! Aprobó con frecuencia las ideas del marinero abandonado; discutió algunas veces sus planes y sus proyectos. Él habría procedido de otro modo, tal vez mejor; en cualquier caso, igual de bien. Pero, desde luego, jamás habría dejado aquella isla de bienaventuranza, donde era tan feliz como un rey sin súbditos... No, ni siquiera en el caso de que lo hubieran nombrado primer lord del Almirantazgo.

Dejo a la consideración del lector si semejantes tendencias se desarrollaron durante su aventurera juventud vivida a los cuatro vientos. Su padre, hombre instruido, no dejaba de consolidar aquella perspicaz inteligencia con estudios continuados de hidrografía, física y mecánica, que acompañaba de algunas nociones de botánica, medicina y astronomía.

A la muerte del capitán, Samuel Fergusson tenía veintidós años y había dado ya la vuelta al mundo. Ingresó en el cuerpo de ingenieros bengalíes y se distinguió en varias acciones; pero la vida de soldado no le convenía, dada su escasa inclinación a mandar..., y menos aún a obedecer.

Dimitió y, ya cazando, ya herborizando, remontó hacia el norte de la península india y la atravesó desde Calcuta a Surate. Un simple paseo de aficionado.

Desde Surate lo vemos pasar a Australia y tomar parte, en 1845, en la expedición del capitán Sturt, encargado de descubrir ese mar Caspio que se supone existe en el centro de Nueva Holanda.

En 1850, Samuel Fergusson regresó a Inglaterra y, más dominado que nunca por la fiebre de los descubrimientos, acompañó hasta 1853 al capitán Mac Clure en la expedición que costó el continente americano desde el estrecho de Bering hasta el cabo de Farewel.

A pesar de todas las fatigas, y bajo todos los climas, Fergusson resistía maravillosamente. Se sentía a sus anchas en medio de las mayores privaciones. Era el viajero perfecto, cuyo estómago se reduce o se dilata a voluntad, cuyas piernas se estiran o se encogen según la improvisada cama, y que es capaz de dormirse a cualquier hora del día y despertarse a cualquier hora de la noche.

Nada menos asombroso, por consiguiente, que hallar a nuestro infatigable viajero visitando, desde 1855 a 1847, todo el oeste del Tíbet en compañía de los hermanos Schtagintweit, para traernos de aquella exploración observaciones etnográficas de lo más curioso.

Durante aquellos viajes, Samuel Fergusson fue el corresponsal más activo e interesante del *Daily Telegraph*, ese periódico que cuesta un penique y cuya tirada, que asciende a ciento cuarenta mil ejemplares diarios, apenas logra abastecer a sus millones de lectores.

Así pues, el doctor era hombre bien conocido, pese a no pertenecer a ninguna institución científica, ni a las Rea-

les Sociedades Geográficas de Londres, París, Berlín, Viena o San Petersburgo, ni al Club de los Viajeros, ni siquiera a la Royal Polytechnic Institution, donde un amigo suyo, el estadista Kokburn, hacía mucho ruido.

Cierto día, Kokburn le propuso, para darle gusto, resolver el siguiente problema: dado el número de millas recorridas por el doctor por todo el mundo, ¿cuántas millas más ha andado su cabeza que sus pies, teniendo en cuenta la diferencia de los radios? O bien, conociendo el número de millas recorridas por los pies y por la cabeza del doctor, ¿podría calcular su estatura con toda exactitud?

Sin embargo, Fergusson continuaba manteniéndose alejado de las sociedades científicas, pues era un feligrés militante, no un charlatán; le parecía mejor emplear el tiempo investigando que discutiendo, y prefería un descubrimiento a cien discursos.

Se cuenta que un inglés se trasladó a Ginebra con intención de visitar el lago. Lo metieron en un carruaje antiguo en el que los asientos estaban de lado, como en los ómnibus, y a él le tocó por casualidad estar sentado de espaldas al lago. El carruaje realizó pacíficamente su viaje circular, y nuestro inglés, aunque ni una sola vez volvió la cabeza, regresó a Londres perdidamente enamorado del lago de Ginebra.

El doctor Fergusson, por su parte, durante sus viajes se había vuelto más de una vez, de tal modo que había visto mucho. No hacía más que obedecer a su naturaleza, y tenemos más de un motivo válido para creer que era algo fatalista, aunque de un fatalismo muy ortodoxo, pues contaba consigo mismo y hasta con la Providencia; se sentía más bien empujado a los viajes que atraído por ellos y re-

corría el mundo como una locomotora que no se dirige, sino que es dirigida por el camino.

—Yo no sigo mi camino —solía decir el doctor—; es el camino el que me sigue a mí.

A nadie le asombrará, pues, la indiferencia y la sangre fría con que acogió los aplausos de la Real Sociedad; estaba muy por encima de tales miserias, exento de orgullo y más aún de vanidad; le parecía muy sencilla la proposición que había dirigido al presidente, sir Francis M., y ni siquiera se percató del inmenso efecto que había producido.

Después de la sesión, condujeron al doctor al Traveller's Club, en Pall Mall, donde se celebraba un soberbio banquete. Las dimensiones de las piezas servidas a la mesa guardaban proporción con la importancia del personaje, y el estu-
rion que figuraba en tan espléndida comida no medía ni un centímetro menos que el propio Samuel Fergusson.

Se hicieron numerosos brindis con vinos de Francia en honor de los célebres viajeros que se habían ilustrado en las tierras de África. Se bebió a su salud o en su memoria, y por orden alfabético, lo que es muy inglés: por Abbadie, Adams, Adamson, Anderson, Arnaud, Baikie, Baldwin, Barth, Batuoda, Beke, Beltrame, Du Berba, Bimbanchi, Bolohnesi, Bolwik, Bolzoni, Bonnemain, Brisson, Browne, Bruce, Brun-Rollet, Burchell, Burtckhardt, Burton, Caillaud, Caillié, Campbell, Chapman, Clapperton, Clol Rey, Colomien, Courval, Cumming, Cunny, Debono, Decken, Denham, Desavamchers, Dicksen, Dickson, Dochard, Duchaillu, Duncan, Durand, Duroulé, Duvyrier, Erchardt, D'Escayrac de Lautore, Ferret, Fresnel, Gallnier, Galton, Geoffroy, Golberry, Hahn Hahn, Hamier, Hecquart, Heuglin, Homemmann, Houghton, Imbert Kauf-

mann, Knoblecher, Krapf, Kummer, Lafaille, Lafargue, Laing, Lambert, Lamiral, Lamprière, John Lander, Richard Lander, Lefebre, Lejean, Levaillan, Livingstone, Maccarthie, Magglar, Maizan, Malzac, Moffat, Mollien, Monteiro, Morrison, Mungo-Park, Neimans, Overweg, Panett, Partarrieau, Pascal, Pearse, Peddie, Peney, Petherick, Poncet, Puax, Raffene, Rath, Rebmann, Richardson, Riley, Ritchie, Rochet D'Aricourt, Rongawi, Roscher, Ruppel Saugnier, Speke, Steidner, Tribaud, Thompson, Thornton, Toole, Tousny, Trotter, Tuckey, Tyrwitt, Yaudey, Veyssiére, Vincent, Vinco, Vogel, Warhlberg, Warington, Washington, Weme, Wild y, por último, por el doctor Samuel Ferguson, el cual, con su increíble tentativa, debía enlazar los trabajos de aquellos viajeros y completar la serie de los descubrimientos africanos.

II

Un artículo del Daily Telegraph. — Guerra de periódicos científicos. — El señor Petermann apoya a su amigo el doctor Fergusson. — Respuesta del sabio Koner. — Apuestas comprometidas. — Varias proposiciones hechas al doctor

Al día siguiente, en su número del 15 de enero, el *Daily Telegraph* publicó un artículo concebido en los siguientes términos:

África desvelará por fin el secreto de sus vastas soledades. Un Edipo moderno nos dará la clave del enigma que no han podido descifrar los sabios de sesenta siglos. En otro tiempo, buscar el nacimiento del Nilo, *fontes Nili quaerere*, se consideraba una tentativa insensata, una irrealizable quimera.

El doctor Barth, siguiendo hasta Sudán el camino trazado por Denham y Clapperton; el doctor Livingstone, multiplicando sus intrépidas investigaciones desde el cabo de Buena Esperanza hasta el golfo de Zambeze; y los capitanes Burton y Speke, con el descubrimiento de los Gran-

des Lagos interiores, abrieron tres caminos a la civilización moderna. Su punto de intersección, al cual no ha podido llegar ningún viajero, es el corazón mismo de África. Hacia ahí deben encaminarse todos los esfuerzos.

Pues bien, los trabajos de aquellos atrevidos pioneros de la ciencia quedarán enlazados gracias a la audaz tentativa del doctor Samuel Fergusson, cuyas importantes exploraciones han tenido ocasión de apreciar más de una vez nuestros lectores.

El intrépido descubridor (*discoverer*) se propone atravesar en globo toda África de este a oeste. Si no estamos mal informados, el punto de partida de su sorprendente viaje será la isla de Zanzíbar, en la costa oriental. En cuanto al punto de llegada, tan sólo la Providencia lo sabe.

Ayer se presentó oficialmente en la Real Sociedad Geográfica la propuesta de esta exploración científica, y se concedieron dos mil quinientas libras para sufragar los gastos de la empresa.

Tendremos a nuestros lectores al corriente de tan audaz tentativa, sin precedente en los fastos geográficos.

Como era de esperar, el artículo del *Daily Telegraph* causó un gran alboroto. Levantó tempestades de incredulidad, y se consideró al doctor Fergusson un mero soñador, un invento del señor Barnum, que, después de haber trabajado en Estados Unidos, se disponía a «hacer» las islas británicas.

En Ginebra, en el número de febrero de los Boletines de la Sociedad Geográfica, apareció una respuesta humorística; su autor se burlaba, con no poco ingenio, de la Real Sociedad de Londres, del Traveller's Club y del fenomenal esturión.

Pero el señor Petermann, en sus *Mittneilungen*, publicados en Gotha, impuso el más absoluto silencio al periódico de Ginebra. Conocía personalmente al doctor Fergusson y era garante de la empresa de su valeroso amigo.

Todas las dudas se disiparon muy pronto. En Londres se hacían los preparativos del viaje; las fábricas de Lyon habían recibido el encargo de una importante cantidad de tafetán para la construcción del aerostato; y el Gobierno británico ponía a disposición del doctor el transporte *Resolute*, al mando del comandante Pennet.

Brotaron estímulos, estallaron felicitaciones. Los pormenores de la empresa aparecieron muy detallados en los Boletines de la Sociedad Geográfica de París y se insertó un artículo notable en los *Nuevos anales de viajes, geografía, historia y arqueología*, de V. A. Malte-Brun. Un minucioso trabajo publicado en *Zeitschrift für Allgemeine Erdkunde* por el doctor W. Kouer demostró que el viaje era posible, habló de sus probabilidades de éxito, de la naturaleza de los obstáculos y de las inmensas ventajas de la locomoción por vía aérea; no censuró más que el punto de partida, pues creía preferible salir de Massaua, pequeño puerto de Abisinia, desde el cual James Bruce, en 1768, se había lanzado a la exploración del nacimiento del Nilo. Admiraba sin reserva alguna el carácter enérgico del doctor Fergusson y su corazón cubierto con un triple escudo de bronce que concebía e intentaba semejante viaje.

El *North American Review* vio, no sin disgusto, que estaba reservada a Inglaterra tan alta gloria; procuró poner en ridículo la proposición del doctor y le indicó que, hallándose en tan buen camino, no parase hasta América.

En una palabra, sin contar los diarios del mundo entero, no hubo publicación científica, desde el *Journal des Missions Évangéliques* hasta la *Revue Algérienne et Coloniale*, desde los *Annales de la Propagation de la Foi* hasta el *Church Missionary Intelligencer*, que no considerase el hecho bajo todos sus aspectos.

En Londres y en toda Inglaterra se hicieron considerables apuestas: primero, sobre la existencia real o supuesta del doctor Fergusson; segundo, acerca del viaje en sí, que no se intentaría, según unos, y que, según otros, se emprendería pronto; tercero, sobre si tendría o no éxito; y cuarto, acerca de las probabilidades o improbabilidades del regreso del doctor Fergusson. En el libro de las apuestas se consignaron enormes sumas, como si de las carreras de Epsom se tratase.

Así pues, crédulos e incrédulos, ignorantes y sabios, fijaron todos su atención en el doctor, el cual se convirtió en una celebridad sin sospecharlo. Gustosamente, dio noticias precisas de sus proyectos expedicionarios. Hablaba con quien quería hablarle y era el hombre más franco del mundo. Se le presentaron algunos audaces aventureros para participar de la gloria y peligros de su aventura, pero se negó a llevarlos consigo sin explicar su negativa.

Numerosos inventores de mecanismos aplicables a la dirección de los globos le propusieron su sistema, pero no quiso aceptar ninguno. A los que le preguntaban si acerca del particular había descubierto algo nuevo, los dejó sin ninguna explicación, y siguió ocupándose, con actividad creciente, de los preparativos de su viaje.

III

El amigo del doctor. — De cuándo databa su amistad. — Dick Kennedy en Londres. — Proposición inesperada, pero nada tranquilizadora. — Proverbio poco consolador. — Algunas palabras acerca del martirologio africano. — Ventajas del globo aerostático. El secreto del doctor Fergusson

El doctor Fergusson tenía un amigo. No era éste una réplica de sí mismo, un *alter ego*, pues la amistad no podría existir entre dos seres absolutamente idénticos.

Sin embargo, si bien poseían cualidades y aptitudes diferentes y un temperamento distinto, Dick Kennedy y Samuel Fergusson vivían animados por un mismo y único corazón, cosa que, lejos de molestarlos, les complacía.

Dick Kennedy era escocés en toda la extensión de la palabra: franco, resuelto y obstinado. Vivía en la aldea de Leith, cerca de Edimburgo, un arrabal de la «Vieja Ahumada». A veces, practicaba la pesca, pero en todas partes y siempre era un cazador decidido, lo que nada tiene de particular en un hijo de Caledonia algo aficionado a recorrer las montañas de Highlands. Se le tenía por un maravilloso

tirador de escopeta, pues no sólo partía las balas contra la hoja de un cuchillo, sino que lo hacía en dos mitades tan iguales que, pesándolas luego, no se hallaba entre una y otra diferencia apreciable.

La fisonomía de Kennedy recordaba mucho a la de Halbert Glendinning tal como lo pintó Walter Scott en *El monasterio*. Su estatura pasaba de seis pies ingleses, aunque era agraciado y esbelto, y parecía estar dotado de una fuerza hercúlea. Un rostro muy tostado por el sol, unos ojos vivos y negros, un atrevimiento natural muy decidido, algo, en fin, de bondad y solidez en toda su persona, predisponía en favor del escocés.

Los dos amigos se conocieron en la India, donde servían en un mismo regimiento. Mientras Dick cazaba tigres y elefantes, Samuel se centraba en plantas e insectos. Cada cual era diestro en lo suyo, y más de una planta rara cogió el doctor, cuya conquista le costó tanto como un buen par de colmillos de marfil.

Los dos jóvenes jamás tuvieron ocasión de salvarse la vida el uno al otro ni de prestarse servicio alguno, por lo que su amistad permanecía inalterada. Algunas veces los alejó la suerte, pero siempre los volvió a unir la simpatía.

Al regresar a Inglaterra, les separaron con frecuencia las lejanas expediciones del doctor, pero éste, a la vuelta, nunca dejó de ir, no ya a preguntar por su amigo el escocés, sino a pasar con él algunas semanas.

Dick hablaba del pasado, Samuel preparaba el porvenir; el uno miraba hacia delante, el otro, hacia atrás. De ello resultaba que Fergusson tenía el ánimo siempre inquieto, mientras que Kennedy disfrutaba de una perfecta calma.

Después de su viaje al Tíbet, el doctor estuvo dos años sin hablar de expediciones nuevas. Dick llegó a pensar que se habían apaciguado los instintos de viaje e impulsos aventureros de su amigo, lo que le complacía en extremo. La cosa, se decía a sí mismo, algún día concluiría de mala manera. Por más que se tenga don de gentes, no se viaja impunemente entre antropófagos y fieras. Kennedy procuraba, pues, mantener a raya a Samuel, que había hecho ya bastante por la ciencia y demasiado para la gratitud humana.

El doctor no respondía una palabra; permanecía pensativo y después se entregaba a secretos cálculos, pasando las noches en operaciones de números y experimentos con aparatos singulares que nadie conocía. Se percibía que en su cerebro fermentaba un gran pensamiento.

—¿Qué estará tramando? —se preguntó Kennedy en enero, cuando su amigo se separó de él para volver a Londres.

Una mañana lo supo por el artículo del *Daily Telegraph*.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Insensato! ¡Loco! ¡Atravesar África en globo! ¡Es lo único que nos faltaba! ¡He aquí en lo que meditaba desde hace dos años!

Sustituyan todos esos signos de admiración por puñetazos enérgicamente asestados en la cabeza, y se harán una idea del ejercicio al que se entregaba el bueno de Dick mientras profería semejantes palabras.

Cuando la vieja Elspeth, que era su ama de llaves, insinuó que podía tratarse muy bien de una broma, él respondió:

—¡Una broma! No, lo conozco demasiado, ya sé yo de qué pie cojea. ¡Viajar por el aire! ¡Ahora se le ha ocurrido tener envidia de las águilas! ¡No, no lo hará! ¡Yo lo ataré

en corto! ¡Si le dejase, el día menos pensado se nos iría a la Luna!

Aquella misma tarde, Kennedy, inquieto y preocupado, tomó el ferrocarril en General Railway Station, y al día siguiente llegó a Londres.

Tres cuartos de hora más tarde, se apeó de un coche de alquiler junto a la pequeña casa del doctor, en Soho Square, Greek Street; subió la escalera y llamó a la puerta cinco veces seguidas.

Le abrió Fergusson en persona.

—¿Dick? —dijo sin mucho asombro.

—El mismo —respondió Kennedy.

—¡Cómo, mi querido Dick! ¿Tú en Londres durante las cacerías de invierno?

—Yo en Londres.

—¿Y qué te trae por aquí?

—La necesidad de impedir una locura que no tiene nombre.

—¿Una locura? —preguntó el doctor.

—¿Es cierto lo que dice este periódico? —replicó Kennedy, mostrando el número del *Daily Telegraph*.

—¡Ah! ¿Te refieres a eso? ¡Qué indiscretos son los periódicos! Pero, siéntate, Dick.

—No quiero sentarme. ¿De verdad tienes la intención de emprender ese viaje?

—Ya lo creo. Estoy haciendo los preparativos y pienso...

—¿Dónde están esos preparativos, que quiero hacerlos pedazos? ¿Dónde están?

El escocés, tan digno él, estaba hecho una furia.

—Calma, mi querido Dick —repuso el doctor—. Comprendo tu enfado. Estás ofendido conmigo porque hasta

ahora no te he contado nada acerca de mis nuevos proyectos.

—¡Y a eso lo llamas nuevos proyectos!

—Estaba muy ocupado —añadió Samuel sin admitir la interrupción—, he tenido que hacer muchas cosas. Pero, tranquilízate, no hubiera partido sin escribirte...

—Me río yo...

—Porque tengo intención de llevarte conmigo.

El escocés dio un salto digno de un camello.

—¿Conque ésas tenemos? —repuso—. ¿Pretendes que nos encierren a los dos en el hospital de Betlehem?

—Cuento contigo, querido Dick, y te he escogido a ti tras excluir a muchos aspirantes. —Kennedy estaba atónito—. Cuando me hayas escuchado durante diez minutos —respondió tranquilamente el doctor—, me darás las gracias.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

—¿Y si me niego a acompañarte?

—No te negarás.

—Pero ¿y si me niego?

—Me iré solo.

—Sentémonos —dijo el cazador—, y hablemos tranquilamente. Puesto que no bromeas, vale la pena discutir el asunto.

—Discutamos almorzando, si no tienes en ello inconveniente, mi querido Dick.

Los dos amigos se sentaron a la mesa frente a frente, entre un montón de emparedados y una enorme tetera.

—Querido Samuel —dijo el cazador—, tu proyecto es insensato. ¡Es imposible llevarlo a cabo! ¡Es de todo punto impracticable!